

René Guénon

*La crisis
del mundo moderno*



EDICIONES OBELISCO

Si este libro le ha interesado y desea que le mantengamos informado de nuestras publicaciones, escríbanos indicándonos qué temas son de su interés (Astrología, Autoayuda, Psicología, Artes Marciales, Naturismo, Espiritualidad, Tradición...) y gustosamente le complaceremos.

Puede consultar nuestro catálogo en www.edicionesobelisco.com

Los editores no han comprobado la eficacia ni el resultado de las recetas, productos, fórmulas técnicas, ejercicios o similares contenidos en este libro. Instan a los lectores a consultar al médico o especialista de la salud ante cualquier duda que surja. No asumen, por lo tanto, responsabilidad alguna en cuanto a su utilización ni realizan asesoramiento al respecto.

Colección Estudios y Documentos

LA CRISIS DEL MUNDO MODERNO

Réne Guénon

1.^a edición: abril de 2022

Título original: *La crise du monde moderne*

Traducción: *Manuel García Viñó*

Corrección: *M.^a Ángeles Olivera*

Diseño de cubierta: *Carol Briceño*

© 2022, Ediciones Obelisco, S. L.

(Reservados los derechos para la presente edición)

Edita: Ediciones Obelisco, S. L.

Collita, 23-25. Pol. Ind. Molí de la Bastida

08191 Rubí - Barcelona - España

Tel. 93 309 85 25

E-mail: info@edicionesobelisco.com

ISBN: 978-84-9111-835-0

Depósito Legal: B-2.704-2022

Impreso en los talleres gráficos de Romanyà/Valls S.A.

Verdaguer, 1 - 08786 Capellades - Barcelona

Printed in Spain

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada, transmitida o utilizada en manera alguna por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o electrográfico, sin el previo consentimiento por escrito del editor.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ÍNDICE

PRÓLOGO	7
I. LA EDAD DE SOMBRA.....	17
II. LA OPOSICIÓN DE ORIENTE Y OCCIDENTE.....	37
III. CONOCIMIENTO Y ACCIÓN	55
IV. CIENCIA SAGRADA Y CIENCIA PROFANA	69
V. EL INDIVIDUALISMO	89
VI. EL CAOS SOCIAL.....	109
VII. UNA CIVILIZACIÓN MATERIAL.....	127
VIII. LA INVASIÓN OCCIDENTAL	151
IX. ALGUNAS CONCLUSIONES	165

PRÓLOGO

Cuando hace algunos años escribimos Oriente y Occidente, creímos haber realizado todas las indicaciones útiles, al menos por el momento, que constituían el objeto de ese libro. Desde entonces, los acontecimientos se han ido precipitando a una velocidad siempre creciente que, aunque sin llevarnos a cambiar una sola palabra de lo que decíamos entonces, sí hacen oportunas algunas precisiones complementarias y el desarrollo de los puntos de vista sobre los que, en un principio, no creímos necesario insistir. Estas precisiones se imponen tanto más cuanto que hemos visto afirmarse de nuevo, en los últimos tiempos, y bajo una forma bastante agresiva, algunas de las confusiones que quisimos precisamente disipar; teniendo buen cuidado de no involucrarnos en ninguna polémica, hemos creído conveniente volver a poner las cosas en su lugar una vez más. En este orden de cosas, se dan consideraciones, incluso elementales, que parecen de tal modo extrañas a la inmensa mayoría de nuestros contemporáneos, que, para hacérselas comprender, no hay que abstenerse de volver sobre ellas de un modo reiterado, presentándolas bajo sus diferentes aspectos y explicándolas más a medida que las circunstancias lo permitan, lo que puede dar lugar a dificultades que no sería siempre posible prever desde el primer momento.

El mismo título del presente volumen exige algunas explicaciones que, antes que nada, debemos proporcionar, a fin de que se sepa cómo lo entendemos nosotros, y no pueda darse, a este respecto, el menor equívoco. Que se pueda hablar de una crisis del mundo moderno, tomando la palabra «crisis» en su acepción más habitual, es algo que muchos ya no ponen en duda y, al menos en este aspecto, se ha producido un cambio bastante sensible: bajo la acción misma de los acontecimientos, ciertas ilusiones comienzan a disiparse, y, por nuestra parte, no podemos sino congratularnos por ello, porque en ello se da, a pesar de todo, un indicio bastante favorable, el de una posibilidad de enderezamiento de la mentalidad contemporánea, algo que se presenta como un débil resplandor en medio del caos actual. Es así como la creencia en un «progreso» indefinido, que hace muy poco era considerado como una especie de dogma intangible e indiscutible, no es ya tan generalmente admitida; algunos entrevén, más o menos vagamente, y con mayor o menor confusión, que la civilización occidental, en lugar de desarrollarse siempre en el mismo sentido, podría llegar un día a un punto de parada, o incluso naufragar por completo en algún cataclismo. Quizás éstos no vean netamente dónde está el peligro, y los temores quiméricos o pueriles que a veces manifiestan prueban lo bastante bien la persistencia de muchos errores en sus personas, pero, en fin; ya es algo que se den cuenta de que existe un peligro, incluso aunque lo sientan más que lo comprendan verdaderamente, y que lleguen a concebir que esta civilización de la que los modernos están tan orgullosos no ocupa un lugar privilegiado en la historia del mundo, que puede correr la misma suerte que tantas otras que han desaparecido en épocas más o menos

lejanas, y algunas de las cuales no han dejado tras de sí más que unas ínfimas huellas, vestigios apenas perceptibles o difícilmente reconocibles.

Por consiguiente, si se dice que el mundo moderno sufre una crisis, lo que se suele entender es que ha llegado a un punto crítico o, en otras palabras, que es inminente una transformación más o menos profunda, que, en breve, deberá producirse de manera inevitable un cambio de orientación, por voluntad propia o por la fuerza, de una manera más o menos brusca, con o sin catástrofe. Esta aceptación es del todo legítima y corresponde a una parte de lo que nosotros mismos pensamos, pero sólo a una parte, porque, para nosotros, y situándonos en un punto de vista más general, es toda la época moderna, en su conjunto, la que representa para el mundo un estado de crisis; parece, por otra parte, que nos acercamos al desenlace, y esto es lo que hoy en día hace más sensible que nunca el carácter anormal de este estado de cosas que dura desde hace algunos siglos, pero cuyas consecuencias no habían llegado a ser tan visibles como lo son ahora. Ello es así también porque los acontecimientos se desarrollan con esa acelerada velocidad a la que acabamos de hacer alusión; sin duda, esto puede continuar así durante un tiempo, pero no de un modo indefinido; e incluso, sin estar en disposición de señalar un límite preciso, se tiene la impresión de que esto no puede durar ya durante mucho tiempo. Pero en el mismo término «crisis» se encuentran otros significados que lo hacen más apto para expresar lo que queremos decir: en efecto, su etimología, que a menudo se pierde de vista en el uso corriente, pero sobre la que conviene volver, como hay que hacerlo cuando se le quiere restituir a un término la plenitud de su sentido propio y

de su valor original, lo convierte parcialmente en sinónimo de «juicio» y de «discriminación». La fase, que se puede denominar «crítica», en cualquier orden de cosas, es la que conduce de inmediato a una solución favorable o desfavorable, aquella en que una decisión interviene en un sentido o en otro; es entonces, por consiguiente, cuando es posible hacer un juicio sobre los resultados obtenidos, de sopesar los pros y los contra, operando una especie de clasificación entre estos resultados, unos positivos y otros negativos, y, de este modo, ver de qué lado se inclina definitivamente la balanza. Bien entendido, no tenemos en absoluto la pretensión de establecer de una manera completa tal discriminación, lo que, por otra parte, sería prematuro, puesto que la crisis no está todavía resuelta, e incluso no es quizá posible decir exactamente cuándo y cómo lo será, tanto más cuanto siempre es preferible abstenerse de ciertas previsiones que no podrían apoyarse en razones claramente inteligibles por todos y que, por tanto, correrían el riesgo de ser mal interpretadas y de añadir confusión en lugar de solventarla. Todo lo que nos podemos proponer es, pues, contribuir, hasta cierto punto y mientras nos lo permitan los medios de que disponemos, a dar a los que estén capacitados la conciencia de algunos resultados que parecen haber quedado bien establecidos desde ahora, preparando así, aunque no sea más que de una manera parcial y bastante indirecta, los elementos que deberán servir para el futuro «juicio», a partir del cual se abrirá un nuevo período de la historia de la humanidad terrestre.

Varias de las expresiones que acabamos de emplear evocarán, sin duda, en algunos, la idea de lo que se llama el «juicio final» y, a decir verdad, no andarán errados, que, por otra parte, se

entienda de un modo literal o simbólico, o de las dos formas a la vez, porque en realidad no se excluyen de ningún modo, poco importa aquí, y éste no es el lugar ni el momento de explicar este punto. En todo caso, el hecho de poner en la balanza los pros y los contras, esta discriminación de los resultados positivos y negativos, de los que enseguida hablaremos, es posible que haga pensar en la separación de los «elegidos» y los «condenados» en dos grupos fijados para siempre; incluso aunque aquí no se trate más que de una analogía, hay que reconocer que es una analogía válida y bien fundada, de acuerdo con la naturaleza misma de las cosas, y esto reclama todavía algunas explicaciones. No es ciertamente por casualidad por lo que tantas personas están hoy obsesionadas por la idea del «fin del mundo»; en ciertos aspectos se debe lamentar, porque las extravagancias a que da lugar esta idea mal comprendida, las divagaciones «mesiánicas» que son su consecuencia en diversos medios, todas estas manifestaciones producto del desequilibrio mental de nuestra época no hacen más que agravar este mismo desequilibrio en proporciones que no son en absoluto despreciables; pero, en fin, no es menos cierto que aquí hay un hecho que no podemos dejar de tener en cuenta. La actitud más cómoda, cuando se constatan cosas de este género, es con toda seguridad la que consiste en alejarla pura y simplemente sin mayor examen, en tratarlas como errores o sueños sin importancia; nosotros pensamos, sin embargo, que aunque sean, en efecto, errores, vale más, aun denunciándolos como tales, buscar las razones que los han provocado y la parte de verdad más o menos deformada que puede, a pesar de todo, hallarse en ellos, porque, no teniendo el error más que un modo de existencia puramente negativo, el error absoluto no puede

encontrarse en ninguna parte y no es más que una palabra vacía de sentido. Si se consideran las cosas de esta manera, se percibe sin esfuerzo que esta preocupación del «fin del mundo» está estrechamente relacionada con el estado de malestar general en el que vivimos: el oscuro presentimiento de algo que está, en efecto, a punto de acabar, actuando sin control sobre ciertas imaginaciones, produce de manera natural representaciones desordenadas y, más a menudo, groseramente materializadas, que, a su vez, se traducen en el exterior en las extravagancias a las que acabamos de hacer alusión. Esta explicación no es, por otra parte, una excusa en favor de éstos; o, como mínimo, si se puede excusar a los que caen involuntariamente en el error, porque están predispuestos a él debido a un estado mental del que no son responsables, esto no podría ser jamás una razón para excusar al error mismo. Por lo demás, en lo que nos concierne, no se nos podrá reprochar de ninguna manera una indulgencia excesiva respecto a manifestaciones «seudorreligiosas» del mundo contemporáneo, no más que de todos los errores modernos en general; sabemos que algunos estarían más bien tentados de hacer el reproche contrario, y, quizá, lo que decimos aquí les hará comprender mejor cómo encaramos estas cosas, esforzándonos en situarnos siempre en el único punto de vista que nos importa, el de la verdad imparcial y desinteresada.

Esto no es todo: una explicación simplemente «psicológica» de la idea del «fin del mundo» y de sus manifestaciones actuales, por justa que sea en su orden, no podría pasar a nuestros ojos por ser suficiente; atenerse a ella sería dejarse influenciar por una de esas ilusiones modernas contra las que nos oponemos en toda ocasión que se presenta. Algunos, decíamos, sienten con confu-

sión el fin inminente de algo cuya naturaleza y alcance no pueden definir exactamente; es preciso admitir que tienen una percepción muy real, aunque vaga y sujeta a falsas interpretaciones o a deformaciones imaginativas, puesto que, cualquiera que sea este fin, la crisis que debe desembocar en él es bastante aparente, y una multitud de signos inequívocos y fáciles de verificar conducen de una manera concordante a la misma conclusión. Este fin no es, sin duda, el «fin del mundo» en el sentido total en que algunos lo quieren entender, pero es, al menos, el fin de un mundo; y si lo que debe acabar es la civilización occidental bajo su forma actual, es comprensible que quienes se han acostumbrado a no ver nada fuera de ella, a considerarla como «la civilización», sin epíteto, crean fácilmente que todo acabará con ella y que, si ella llega a desaparecer, eso será verdaderamente el «fin del mundo». Diremos, pues, para llevar las cosas en su justa proporción, que parece, desde luego, que nos aproximamos realmente al fin de un mundo, es decir, al fin de una época o de un ciclo histórico, que puede, por otra parte, corresponderse con un ciclo cósmico, según lo que a este respecto enseñan todas las doctrinas tradicionales. Ya ha habido en el pasado muchos acontecimientos de este tipo y, sin duda, habrá otros en el futuro; acontecimientos de importancia desigual, por lo demás, según den fin a períodos más o menos amplios y según conciernan al conjunto de la humanidad o sólo a una u otra parte de ella, una raza o un pueblo determinado. Es de suponer, en el estado presente del mundo, que el cambio que sobrevendrá tendrá un alcance muy general, y que, cualquiera que sea la forma que revista, y que no intentamos definir, afectará más o menos a la Tierra en su conjunto. En todo caso, las leyes que rigen tales

acontecimientos son aplicables a todos los grados; también lo que se ha dicho del «fin del mundo» en un sentido tan completo como sea posible, y que, por otra parte, no se suele referir más que al mundo terrestre, es todavía verdadero, guardadas todas las proporciones, cuando se trata simplemente del fin de un mundo cualquiera en un sentido mucho más restringido.

Estas observaciones preliminares ayudarán en gran medida a comprender las consideraciones siguientes; ya hemos tenido ocasión, en otras obras, de hacer bastante a menudo alusión a las «leyes cíclicas»; por otra parte, quizá sería difícil realizar una exposición completa de estas leyes bajo una forma fácilmente accesible para los occidentales, pero al menos es necesario tener algunos datos sobre este tema si se quiere uno hacer una idea verdadera de lo que es la época actual y lo que representa en el conjunto de la historia del mundo. Es por esto por lo que comenzaremos por mostrar que los caracteres de esta época son realmente los que las doctrinas tradicionales han señalado para el período cíclico al que corresponde; y esto incluye también mostrar que lo que es anomalía y desorden desde cierto punto de vista es, sin embargo, un elemento necesario de un orden más amplio, una consecuencia inevitable de las leyes que rigen que se desenvuelva toda manifestación. Por lo demás, digámoslo, ésta no es una razón para contentarse con sufrir pasivamente la turbación y la oscuridad que, de momento, parecen triunfar, porque, si así fuera, no nos quedaría más que guardar silencio; por el contrario, es una razón para trabajar, tanto como se pueda, en preparar la salida de esta «edad de sombra» cuyo fin, más o menos próximo, si no inminente, permite entrever muchos indicios. Esto también está en el orden, porque el equilibrio es el

resultado de la acción simultánea de las dos tendencias opuestas; si la una o la otra pudiera dejar de actuar por completo, no se recuperaría jamás el equilibrio y el mundo se desvanecería; pero esta suposición es irrealizable, porque los dos términos de una oposición no tienen sentido más que el uno por el otro, y cualesquiera que sean las apariencias, se puede estar seguro de que todos los desequilibrios parciales y transitorios concurren por fin en el equilibrio total.

Capítulo 1

LA EDAD DE SOMBRA

La doctrina hindú enseña que la duración de un ciclo humano, al que da el nombre de *Manvantara*, se divide en cuatro edades, que indican otras tantas fases de un oscurecimiento gradual de la espiritualidad primordial; son esos mismos períodos los que las tradiciones de la antigüedad occidental designaban, por su parte, como edades de oro, de plata, de bronce y de hierro. En la actualidad nos encontramos en la cuarta edad, el *Kali-Yuga*, o «edad de sombra», y estamos en ella, según se afirma, desde hace ya más de seis mil años, es decir, desde una época muy anterior a todas las que son conocidas por la historia «clásica». Desde entonces, las verdades que en otros tiempos eran conocidas por todos los hombres se han tornado cada vez más ocultas y difíciles de alcanzar; los que las poseen son cada vez menos numerosos, y si el tesoro de la sabiduría «no humana», anterior a todas las edades, no puede perderse jamás, se rodea de velos cada vez más impenetrables, que lo disimulan a las miradas y bajo los cuales resulta en extremo difícil de descubrir. Por ese mo-

tivo es por lo que por todas partes se trata de algo que se ha perdido (como mínimo, en apariencia y en relación con el mundo exterior) y que deben reencontrar aquellos que aspiran al verdadero conocimiento, pero también se dice que lo que está oculto de este modo resultará visible al final de este ciclo, que será al mismo tiempo en virtud de la continuidad que relaciona todas las cosas entre sí, el comienzo de un ciclo nuevo.

Pero se preguntará: ¿por qué el desarrollo cíclico debe cumplirse así en un sentido descendente, de lo superior a lo inferior, lo que, como se advertirá sin ningún tipo de esfuerzo, constituye la negación misma de la idea de «progreso» tal y como la entienden los modernos? Es porque el «desenvolvimiento de toda manifestación implica necesariamente un alejamiento cada vez mayor del principio del que procede; por tanto, desde el punto más alto, tiende forzosamente hacia abajo y, como los cuerpos pesados, lo hace a una velocidad siempre creciente, hasta que por fin encuentra un punto de detención. Esta caída podría caracterizarse como una materialización progresiva, porque la expresión del principio es pura espiritualidad; decimos la expresión, y no el principio mismo, porque éste no puede ser designado por ninguno de los términos que parecen indicar una oposición cualquiera, dado que está más allá de todas las oposiciones. Por otra parte, palabras como «espíritu» y «materia», que, para mayor comodidad, tomamos prestadas al lenguaje occidental, no tienen apenas para nosotros más que un valor simbólico; en todo caso, no pueden convenir verdaderamente a aquellos de que se trata, excepto que estén desprovistas de las inter-

pretaciones especiales que de ellas da la filosofía moderna, cuyos «espiritualismo» y «materialismo» no son, para nosotros, más que dos formas complementarias relacionadas entre sí, y que asimismo las puede omitir quien quiera elevarse por encima de estos puntos de vista contingentes. Pero, por otra parte, no es de metafísica pura de lo que nos proponemos tratar aquí; por eso es por lo que, sin perder de vista los principios esenciales, podemos, tomando las indispensables precauciones para evitar cualquier equívoco, permitirnos el uso de términos que, aunque son inadecuados, parecen susceptibles de hacer que las cosas resulten más comprensibles, en la medida de lo posible y sin desnaturalizarlas.

Lo que acabamos de decir sobre el desenvolvimiento de la manifestación presenta un panorama que, aun siendo exacto en su conjunto, resulta, sin embargo, demasiado simplificado y esquemático, por lo que puede hacer pensar que se efectúa en línea recta, siguiendo un sentido único y sin ningún tipo de oscilación; en cambio, la realidad es muy compleja. En efecto, en todas las cosas cabe la posibilidad, como hemos afirmado, de considerar dos tendencias opuestas, una descendente y otra ascendente, o, si se desea, una que sirva de otro modo de presentación, una centrífuga y la otra centrípeta; y de la predominancia de la una o de la otra proceden dos fases complementarias de la manifestación, la una de alejamiento del principio y la otra de retorno, que a menudo se comparan simbólicamente con los movimientos del corazón o con las dos fases de la respiración. Aunque, por lo general, estas dos fases se describan como sucesivas, hay que tener en cuenta que, en realidad, las dos tendencias a las que

corresponden actúan siempre de manera simultánea, aunque en proporciones diversas, y, en ocasiones, es así en ciertos momentos críticos en que la tendencia descendente parece estar a punto de llevar definitivamente ventaja en la marcha general del mundo, en la que interviene una acción especial para reforzar la tendencia contraria, para establecer cierto equilibrio, al menos relativo, como lo permitan las condiciones del momento, para, de esta forma, llevar a cabo un enderezamiento parcial con el que el movimiento de caída puede parecer detenido o neutralizado temporalmente.¹

Es fácil comprender que estos datos tradicionales, de los que debemos limitarnos a esbozar unas nociones muy resumidas, hacen posibles concepciones muy diferentes de todos los ensayos de «filosofía de la historia», mucho más amplios y profundos, a los que se entregan los modernos. Pero, por el momento, no se nos ocurre de ninguna manera remontarnos a los orígenes del ciclo actual, ni tan siquiera a los principios del *Kali-Yuga*. Lo que pretendemos, al menos de una manera directa, es un dominio mucho más limitado, es decir, las últimas fases de este mismo *Kali-Yuga*. En efecto, se puede, en cada uno de los grandes períodos de los que hemos hablado, distinguir todavía diferentes fases secundarias que constituyen subdivisiones, y, dado que cada parte es, de alguna manera, análoga al conjunto, estas subdivisiones reproducen, por así decirlo, en una escala más reducida, la

1. Se refiere a la función de «conservación divina» que, en la tradición hindú, es representada por *Vishnú*, y, en particular, a la doctrina de los Avatares o «descendimientos» del principio divino al mundo manifestado, que no podemos ni siquiera soñar con desarrollar aquí.

marcha general del gran ciclo en el que se integran. Sin embargo, una investigación completa de las modalidades de aplicación de esta ley a los diversos casos particulares nos llevaría bastante más allá del escenario que hemos trazado para este estudio. Para concluir estas consideraciones preliminares, tan sólo mencionaremos algunas de las épocas en particular críticas por las que ha pasado la humanidad, las del período que se acostumbra a denominar «histórico», porque es, en efecto, el único accesible a la historia ordinaria o «profana», y esto nos conducirá con toda naturalidad a lo que debe ser el objeto de nuestro estudio, puesto que la última de estas épocas críticas no es otra que la que constituye los llamados tiempos modernos.

Hay un hecho bastante extraño que parece que nunca se ha tratado como merecería: el período propiamente «histórico», en el sentido que acabamos de mencionar, se remonta exactamente al siglo VI a. C., como si allí existiese una barrera que no es posible franquear con la ayuda de los medios de investigación de que disponen los investigadores. A partir de esta época, se dispone de una cronología bastante precisa y bien establecida; por el contrario, para todo lo anterior, no se consigue, en general, más que una vaga aproximación, y las fechas propuestas para los mismos acontecimientos oscilan a menudo en varios siglos. Incluso para los países de los que no se tienen más que simples vestigios dispersos, como, por ejemplo, Egipto, esto resulta muy chocante, y lo que aún resulta más asombroso es que, en un caso excepcional y privilegiado como el de China, que posee, para épocas bastante más alejadas en el tiempo, anales datados por medio de

observaciones astronómicas que no deberían dejar lugar a ninguna duda, los modernos califican estas épocas como «legendarias», como si existiese allí un dominio sobre el que no se reconocen el derecho a tener ninguna certeza, y hasta se prohibiesen a sí mismos conseguirlas. La antigüedad llamada «clásica» no es, a decir verdad, más que una antigüedad relativa, e incluso mucho más próxima a los tiempos modernos que a la verdadera antigüedad, puesto que no se remonta ni siquiera a la mitad del *Kali-Yuga*, cuya misma duración no es, según la doctrina hindú, más que la décima parte de la del *Manvantara*, y por eso se podrá juzgar suficientemente hasta qué punto los modernos tienen razones para mostrarse orgullosos de sus conocimientos históricos. Todo esto, responderían sin duda para justificarse, no son más que períodos «legendarios», por lo que consideran que no deben tenerlos en cuenta, pero esta respuesta no hace más que poner en evidencia su ignorancia y una incomprensión que sólo puede explicar su desdén por la tradición; el espíritu específicamente moderno no es, en efecto, como se mostrará más adelante, más que el espíritu antitradicional.

En el siglo VI a. C., se produjeron, con independencia de la causa, diversos cambios considerables en casi todos los pueblos, que presentaron, por otra parte, características diferentes según los países. En ciertos casos, tuvo lugar una readaptación de la tradición a condiciones distintas a las ya existentes, algo que se cumplió en un sentido rigurosamente ortodoxo. Es lo que se produjo en especial en China, donde la doctrina, en sus orígenes constituida por un conjunto único, se dividió en dos partes por completo distintas: el

taoísmo, reservado a una élite y que entendía la metafísica pura y las ciencias tradicionales de carácter especulativo, y el confucianismo, común a todos sin distinción, y que se basa en las aplicaciones prácticas y, sobre todo, sociales. Entre los persas, parece que asimismo existió una readaptación del mazdeísmo, porque esta época fue la del último Zoroastro.² En India, apareció el budismo, que, con independencia de su carácter original,³ debía desembocar, por el contrario, al menos en algunas de ramas, en una rebelión contra el espíritu tradicional, hasta la negación de toda autoridad y una verdadera anarquía en el sentido etimológico de «ausencia de principio» en los órdenes intelectual y social. Lo que resulta bastante curioso es que en India no se encuentre ningún monumento que se remonte más allá de esta época, y los orientalistas, que pretenden que todo comience en el bu-

-
2. Hay que advertir que el nombre de Zoroastro designa, en realidad, no a un personaje particular, sino a una función, a la vez profética y legisladora; hubo varios Zoroastro que vivieron en épocas muy diferentes; y es incluso verosímil que esta función debió de tener un carácter colectivo, lo mismo que la de Vyasa en India, y que en Egipto, lo que fue atribuido a Tothoa Hermes y representa la obra de toda la casta sacerdotal.
 3. La cuestión del budismo está, en realidad, lejos de ser tan sencilla como podrían hacer pensar estas breves nociones. Es interesante advertir que si los hindúes, desde el punto de vista de su propia tradición, han condenado siempre a los budistas, muchos de ellos no profesan un gran respeto por el mismo Buda, y algunos de ellos llegan a ver en él al noveno Avatar, mientras que otros lo identifican con Cristo. Por otra parte, en lo que concierne al budismo tal y como se conoce hoy, es preciso tener mucho cuidado en distinguir entre sus dos formas, el Mahayana y el Hinayana, del Gran Vehículo y del Pequeño Vehículo. De una manera general, se puede decir que el budismo fuera de India difiere notablemente de su forma india original, que comenzó con rapidez a perder terreno después de la muerte de Ashoka y desapareció por completo algunos siglos más tarde.

dismo, cuya importancia exageran, han intentado sacar partido de esta constatación en favor de su tesis. La explicación de este hecho es, sin embargo, muy simple: todas las construcciones anteriores eran de madera, de manera que han desaparecido de un modo natural sin dejar ningún tipo de huella,⁴ pero lo que es verdad es que un cambio semejante en el modo de construcción corresponde necesariamente a una modificación profunda de las condiciones generales en la existencia del pueblo que las produjo.

Si nos aproximamos a Occidente, observamos que, entre los judíos, la misma época se correspondió con la cautividad de Babilonia, y lo que constituye quizás uno de los hechos más asombrosos es que un breve período de setenta años fue suficiente para que perdieran incluso su escritura, puesto que tuvieron que reconstituir los libros sagrados con caracteres por completo distintos a los que habían empleado hasta ese momento. Incluso se podrían citar otros acontecimientos que tuvieron lugar casi en los mismos años. Tan sólo destacaremos lo que para Roma fue el comienzo del período propiamente «histórico» que sucedió a la época «legendaria» de los reyes, y de la que también se sabe, aunque de una manera en cierto sentido vaga, que surgieron importantes movimientos entre los pueblos celtas, pero, sin insistir más en ello, llegamos a Grecia. Aquí también el siglo vi fue

4. Este caso no es particular de India y se encuentra también en Occidente; es exactamente por la misma razón por la que no se halla ningún vestigio de ciudades galas, cuya existencia es, sin embargo, incontestable, y que atestiguan testigos contemporáneos, y, aquí, del mismo modo, los historiadores modernos se han aprovechado de esta ausencia de monumentos para mostrar a los galos como salvajes que vivían en los bosques.

el punto de partida de la civilización llamada clásica, la única a la que se le suele reconocer el carácter «histórico», ya que todo lo anterior no se conoce lo bastante, por lo que se trata como «legendario», aunque hay que destacar que los descubrimientos arqueológicos recientes ya no permiten dudar de que existió, como mínimo, una civilización muy real, y tenemos algunas razones para pensar que esta primera civilización helénica fue mucho más interesante a nivel intelectual que la que la siguió, y que sus relaciones no dejan de ofrecer cierta analogía con las existentes entre la Europa de la Edad Media y la Europa moderna. Sin embargo, conviene advertir que la escisión no fue tan radical como en este último caso, porque existió, al menos parcialmente, una readaptación en el orden tradicional, sobre todo en el dominio de los «misterios». Con ello habría que relacionar el pitagorismo, que fue, sobre todo, bajo una nueva forma, una restauración del orfismo anterior, cuyos evidentes relaciones con el culto délfico de Apolo hiperbóreo permiten incluso considerar una filiación continua y regular con una de las más antiguas tradiciones de la humanidad. Pero, por otra parte, muy pronto apareció algo de lo que no existía aún ningún ejemplo, y que debía, por tanto, ejercer una influencia nefasta sobre todo el mundo occidental: nos referimos a este modo especial de pensamiento que adoptó y conserva el nombre de filosofía. Pero este punto es lo bastante importante como para que nos detengamos en él unos instantes.

La palabra «filosofía», en sí misma, puede tomarse en su sentido primitivo, sobre todo si es verdad que, como se pretende, fue Pitágoras el primero en emplearla. Etimológica-

mente, significa «amor a la sabiduría». En este sentido, designa, en principio, una disposición previa requerida para acceder a la sabiduría, aunque también puede significar, por extensión, la búsqueda que, al surgir de esta misma disposición, debe conducir al conocimiento. No es, pues, más que un estado preliminar y preparatorio, un camino hacia la sabiduría, un grado que corresponde a un estado inferior de ésta.⁵ La desviación que se produjo después consistió en tomar este grado transitorio por el fin en sí mismo, en pretender sustituir la sabiduría por la «filosofía», lo que implica el olvido o el desconocimiento de la verdadera naturaleza de esta última. Es así como nació lo que podemos denominar la filosofía «profana», es decir, una pretendida sabiduría puramente humana, es decir, de orden simplemente racional, que ocupa el lugar de la verdadera sabiduría tradicional, suprrracional y «no humana». Sin embargo, algo de ella permanece todavía en la antigüedad. Prueba de ello es, antes que nada, la persistencia de los «misterios», cuyo carácter en esencia «iniciático» no puede ser negado; además, la enseñanza de los mismos filósofos solía tener a la vez un lado «exotérico» y otro «esotérico» (este último podría permitir la relación con un punto de vista superior, que se manifestó, por otra parte, de una manera muy neta, aunque quizá incompleta de ciertos aspectos algunos siglos más tarde con los alejandrinos). Para que la filosofía «profana» fuese definitivamente constituida como tal era preciso que permaneciera

5. La relación es aquí la misma que existe, en la doctrina taoísta, entre el estado del «hombre dotado» y el «hombre trascendente».

sólo el «exoterismo» y que se llegara hasta la negación pura y simple de todo «esoterismo». Esto es a lo que debía conducir el movimiento iniciado por los griegos; las tendencias que se habían afirmado ya entre ellos debían llevarse hasta sus consecuencias más extremas, y la importancia excesiva con respecto al pensamiento racional iba a acentuarse todavía más, hasta llegar al «racionalismo», una actitud especialmente moderna que consiste, no ya tan sólo en ignorar, sino también en negar de manera expresa todo lo que es de orden suprrracional. Pero no anticipemos nada más, porque tendremos que volver sobre estas consecuencias y contemplar su desarrollo en otro apartado de nuestra exposición.

Con respecto a estas últimas palabras, habría que destacar un punto en especial: conviene buscar en la antigüedad «clásica» algunos de los orígenes del mundo moderno. Uno no se equivoca cuando se supone que está relacionado con la civilización grecolatina y, además, es su continuador. Hay que decir, sin embargo, que no se trata más que de una continuación lejana y un poco infiel, porque en esa antigüedad había, a pesar de todo, muchas cosas en el orden intelectual y espiritual, cuyo equivalente no sería posible encontrar entre los modernos; en todo caso, constituyen dos grados bastante diferentes en el oscurecimiento progresivo del verdadero conocimiento. Por otra parte, se podría pensar que la decadencia de la civilización antigua ha llevado, de una manera gradual y sin solución de continuidad, a un estado más o menos semejante al que contemplamos; sin embargo, de hecho, no ocurrió así y, en el intervalo, para Occidente, exis-

tió otra época crítica que fue, al mismo tiempo, una de esas épocas de resurgimiento de las que aludíamos antes.

Se trata de la aparición y expansión del cristianismo, que coincide, por una parte, con la dispersión del pueblo judío y, por otra, con la última fase de la civilización grecolatina. Podemos pasar rápidamente por estos acontecimientos, a pesar de su importancia, porque suelen ser más conocidos que aquellos de los que hemos hablado hasta ahora, y porque su sincronía ha sido puesta de relieve incluso por los historiadores cuyas miras no son tan profundas. Se han señalado también a menudo ciertos rasgos comunes a la decadencia antigua y a la época actual, y, sin querer llevar demasiado lejos el paralelismo, se debe reconocer que existen, en efecto, algunas semejanzas bastante asombrosas. La filosofía puramente profana había ganado terreno: la aparición, por un lado, del escepticismo, y, por otro, el éxito del «moralismo» estoico y epicúreo muestran bastante bien hasta qué punto se había limitado la intelectualidad. Al mismo tiempo, las antiguas doctrinas sagradas, que casi nadie comprendía ya, habían degenerado en «paganismo» en el sentido literal de esta palabra, es decir, que ya no eran más que «supersticiones», cosas que, por haber perdido su significación profunda, sobrevivieron gracias a manifestaciones externas. Hubo intentos de reacción contra esta decadencia: el mismo helenismo intentó revitalizarse con la ayuda de elementos que se habían tomado prestados a las doctrinas orientales, con las cuales estaba en contacto, pero esto no era suficiente; la civilización grecolatina debía finalizar, y el resurgimiento tenía que proceder de otro lugar y ponerse en

marcha bajo otra forma. Y el cristianismo fue el que llevó a cabo esta transformación. En este sentido, hay que destacar que la comparación que se puede establecer en ciertos aspectos entre esa época y la nuestra es quizás uno de los elementos determinantes del «mesianismo» desordenado que despunta en la actualidad. Después del turbulento período de las invasiones bárbaras, necesario para acabar con la destrucción del antiguo estado de las cosas, se restauró un orden normal durante algunos siglos: la Edad Media, tan menospreciada por los modernos, que son incapaces de comprender su intelectualidad, y para quienes esta época se presenta, ciertamente, como mucho más extraña y lejana que la antigüedad clásica.

Para nosotros, la verdadera Edad Media se extiende desde el reinado de Carlomagno hasta principios del siglo XIV, momento en que comienza una nueva decadencia que, a través de diversas etapas, se fue acentuando hasta llegar a nuestro siglo. Aquí se encuentra el verdadero punto de partida de la crisis moderna: se trata del comienzo de la disgregación de la cristiandad con la que se identificaba sobre todo la civilización occidental del medievo. Supuso, al mismo tiempo, el fin del régimen feudal, estrechamente relacionado con la cristiandad, y el origen de la creación de las «nacionalidades». Así, es necesario remontarse casi dos siglos más de lo que se suele admitir para encontrar los orígenes de la época moderna. El Renacimiento y la Reforma son, sobre todo, sus resultados, y tanto uno como la otra no hubieran sido posibles si no hubiera sido por una decadencia anterior, pero lejos de resultar un renacimiento, supusieron una caída mu-

cho más profunda, porque consumaron la ruptura definitiva con el espíritu tradicional. El primero, en el campo de las ciencias y las artes, y la segunda, en el ámbito religioso, que era, sin embargo, aquel en el que una ruptura de este tipo hubiera podido parecer difícilmente concebible. Lo que se denomina Renacimiento, en realidad, como ya hemos dicho en otras ocasiones, constituyó la muerte de muchas cosas. Con el pretexto de retornar a la civilización grecolatina, no se tomó de ella más que lo que había tenido de apariencia, porque esto era lo único que se hacía patente con claridad en los textos, y esta restitución incompleta no podía, por otra parte, tener más que un carácter muy artificial, puesto que se trataba de formas que, desde hacía siglos, habían dejado de vivir su verdadera vida. En cuanto a las ciencias tradicionales de la Edad Media, después de haber tenido todavía algunas de las últimas manifestaciones hacia esa época, desaparecieron por completo, como las de las civilizaciones lejanas que en otro tiempo fueron aniquiladas por algún cataclismo; aunque en esta ocasión nada las reemplazaría. A partir de este momento, no existieron más que la filosofía y la ciencia «profanas», es decir, la negación de la verdadera intelectualidad, la limitación del conocimiento al orden más inferior, el estudio empírico y analítico de los hechos que no se relacionan con ningún principio, la dispersión en una multitud indefinida de detalles insignificantes, la acumulación de hipótesis sin fundamento, que se destruyen de manera incesante las unas a las otras, y de puntos de vista fragmentarios que no pueden conducir a nada, excepto a esas aplicaciones prácticas que constituyen la única superioridad

efectiva de la civilización moderna; superioridad, por otra parte, poco envidiable, y que, al desarrollarse hasta acabar con cualquier otra preocupación, ha dado a esta civilización el carácter puramente material que hace de ella una verdadera monstruosidad.

Lo que es del todo extraordinario es la rapidez con que la civilización del medievo cayó en el más completo olvido. Los hombres del siglo xvii no tenían ya la menor noción de ella, y los monumentos que se conservaron no representaban nada para ellos, ni en el orden intelectual ni en el estético, motivo que lleva a pensar hasta qué punto la mentalidad había cambiado. No intentaremos estudiar los factores, ciertamente muy complejos, que concurrieron para que se produjera este cambio tan radical que parece difícil que haya podido surgir de una manera espontánea y sin intervención de una voluntad directriz cuya naturaleza exacta sigue siendo bastante enigmática. A este respecto, se dan unas circunstancias bastante extrañas, como, en un momento determinado, la vulgarización y la presentación, como descubrimientos nuevos, de cosas que, en realidad, se conocían desde hace mucho tiempo, pero cuyo conocimiento, por ciertos inconvenientes que correrían el riesgo de superar las ventajas, no había llegado hasta entonces al dominio público.⁶ Es muy inverosímil también la leyenda que hizo que la Edad Media fuera una

6. No citaremos más que dos ejemplos entre los hechos que deberían tener las consecuencias más graves: la pretendida invención de la imprenta, que los chinos conocían con anterioridad a la era cristiana, y el descubrimiento «oficial» de América, con la que durante toda la Edad Media había existido una comunicación mucho más continua.

época de «tinieblas», de ignorancia y de barbarie, y que la verdadera falsificación de la historia a la que se han entregado los modernos se emprendiera sin una idea preconcebida. Pero no avanzaremos en el estudio de esta cuestión, porque, de cualquier forma, lo que más nos importa es, por el momento, la constatación del resultado. En este sentido, una palabra muy valorada en el Renacimiento resumía la civilización moderna: se trata del término «humanismo». En efecto, cualquier cosa se intentaba reducir a proporciones puramente humanas, hacer abstracción de cualquier principio de orden superior, y, podría decirse simbólicamente, de alejarse del cielo con el pretexto de conquistar la tierra. Los griegos, cuyo ejemplo se pretendía seguir, no habían llegado jamás tan lejos en este sentido, ni siquiera durante su mayor decadencia intelectual, y, como mínimo, las preocupaciones utilitarias no pasaron nunca al primer plano, mientras que esto iba a producirse muy pronto entre los modernos. El humanismo ya era una primera forma de lo que se ha convertido en el laicismo contemporáneo, y al querer llevarlo todo a la medida del hombre, tomado por un fin en sí mismo, se terminó por descender, de etapa en etapa, a un nivel inferior y por no buscar ya más que la satisfacción de las necesidades inherentes a su naturaleza, búsqueda bastante ilusoria, por lo demás, porque crea siempre más necesidades artificiales de las que puede satisfacer.

Pero el mundo moderno, ¿descenderá esta pendiente fatal, o bien, como ha ocurrido con la decadencia del mundo grecolatino, se producirá un nuevo resurgimiento también esta vez, antes de alcanzar el fondo del abismo hacia el que

se ve arrastrado? Parece que ya no es posible detenerse a medio camino, y que después de todas las indicaciones de las doctrinas tradicionales, ya hemos entrado en la fase final del *Kali-Yuga*, en el período más oscuro de esta «edad de sombra», en ese estado de disolución del que no es posible salir más que mediante un cataclismo, porque no se precisa tan sólo un simple resurgimiento, sino una renovación total. El desorden y la confusión reinan en todos los ámbitos; han llegado a un punto que superan con mucho todo cuanto se había visto antes, y, surgidos de Occidente, ahora amenazan con invadir el mundo entero. Nosotros sabemos que su triunfo no puede ser más que aparente y pasajero, pero, de ese modo, parece ser el signo más grave de todas las crisis que la humanidad ha atravesado a lo largo de su ciclo actual. ¿No hemos llegado a esa época anunciada por los libros sagrados de la India, en que las castas se mezclarán y donde incluso la familia ya no existirá? Basta con mirar alrededor para convencerse de que este estado es realmente el del mundo actual y para comprobar por todas partes esa decadencia profunda que el Evangelio denomina «la abominación de la desolación». No hay que disimular la gravedad de la situación; conviene enfrentarse a ella tal como es, sin ningún «optimismo», pero también sin ningún «pesimismo», puesto que, como decíamos, el fin del viejo mundo será también el comienzo de un mundo nuevo.

Ahora se plantea una cuestión: ¿qué razón de ser tiene un período como el que vivimos? De hecho, por anormales que sean las condiciones actuales consideradas en sí mismas, deben entrar en el orden general de las cosas, en ese orden que,

según una fórmula de Extremo Oriente, está constituido por la suma de todos los desórdenes. Esta época, por penosa y turbulenta que sea, debe tener también, como todas las demás, su lugar en el conjunto del desarrollo humano, y, por otra parte, es suficiente el hecho mismo de que estuviese prevista por las doctrinas tradicionales. Lo que hemos dicho del desarrollo general de un ciclo de manifestación, que avanza en el sentido de una materialización progresiva, nos proporciona de inmediato la explicación de ese estado, y muestra con claridad que lo que es anormal y desordenado desde cierto punto de vista particular no es, sin embargo, más que la consecuencia de una ley referida a un punto de vista superior o más amplio. Añadiremos, sin insistir en ello, que, como todo cambio, el tránsito de un ciclo a otro no puede hacerse realidad más que en la oscuridad. Aquí hay una ley muy importante cuyas aplicaciones son múltiples, pero cuya exposición detallada, por eso mismo, nos llevaría demasiado lejos.⁷

Pero esto no es todo: la época moderna debe corresponder necesariamente con el desarrollo de ciertas posibilidades que, desde su origen, estaban incluidas en la potencialidad del ciclo actual, y, por inferior que sea el rango que ocupan estas posibilidades en la jerarquía del conjunto, no por ello debían, al igual que las otras, ser llamadas a la manifestación

7. En los misterios de Eleusis, esta ley estaba representada por el simbolismo del grano de trigo; los alquimistas la representaban mediante la «putrefacción» y el color negro que marca el principio de la «Gran Obra». Lo que los místicos cristianos denominan la «noche oscura del alma» no es más que la aplicación al desarrollo espiritual del ser que se eleva a estados superiores, y sería fácil señalar todavía muchas otras concordancias.

según el orden que les fuera asignado. Bajo este aspecto, lo que, según la tradición, caracteriza a la última fase del ciclo podría decirse que es la explotación de todo lo que se había descuidado o rechazado en las fases anteriores, y, en efecto, esto es lo que podemos constatar en la civilización moderna, que no vive de alguna manera más que de lo que las civilizaciones anteriores no habían querido. Para ser consciente, no hay más que ver cómo los representantes de aquellas civilizaciones que se han mantenido en el mundo oriental aprecian las ciencias occidentales y sus aplicaciones industriales. Estos conocimientos inferiores, tan diversos para quien posee un conocimiento de otro orden, debían, sin embargo, adquirirse, algo que sólo era posible cuando la verdadera intelectualidad hubiese desaparecido. Era necesario realizar estas investigaciones de un alcance exclusivamente práctico en el sentido más estricto de la palabra, pero no podían llevarlas a cabo más que en el extremo opuesto de la espiritualidad primordial los hombres inmersos en la materia hasta el punto de no concebir nada más allá, y haciéndose tanto más esclavos de esta materia cuanto más quisiesen servirse de ella, lo que les condujo a una agitación creciente, sin reglas y sin meta, a la dispersión en la pura multiplicidad hasta la disolución final.

Esbozada a grandes rasgos y reducida a lo esencial, ésta es la verdadera explicación del mundo moderno, pero hay que destacar que esto de ningún modo puede tomarse como una justificación. Una desgracia no deja de ser una desgracia por el hecho de ser inevitable; e incluso si del mal debe salir un bien, esto no hace que el mal deje de serlo; sin embargo,

nosotros tan sólo empleamos los términos «bien» y «mal» para que resulte más fácil la comprensión, alejados de cualquier intención moral. Los desórdenes parciales son imposibles, porque son elementos necesarios del orden total, pero, no obstante, una época de desorden es, en sí misma, algo comparable a una monstruosidad que, al ser consecuencia de ciertas leyes naturales, no es menos una desviación, una especie de error o un cataclismo que, aunque resultado del curso normal de las cosas, es, asimismo, si nos enfrentamos a ella de un modo aislado, un trastorno y una anomalía. La civilización moderna, como todas las cosas, tiene forzosamente su razón de ser, y si ésta es la que en verdad concluye un ciclo, se puede decir que es lo que debe ser, que aparece a tiempo y en su lugar, pero no por ello deberá ser juzgada según estas palabras evangélicas con demasiada frecuencia mal comprendidas: «Es preciso que exista escándalo, pero ¡ay de aquel por quien llega el escándalo!».